

50

COSAS
QUE HAY QUE
SABER SOBRE

ÉTICA

BEN DUPRÉ

Ariel



Ben Dupré

50 COSAS
QUE HAY QUE SABER
SOBRE ÉTICA

Traducción de
Julia Alquézar

Ariel



Contenidos

Introducción 9

FUNDAMENTOS MORALES

- 01 La buena vida 10
- 02 El mandato divino 14
- 03 El bien y el mal 18
- 04 Realismo moral 22
- 05 Subjetivismo moral 26
- 06 Relativismo 30
- 07 El anillo de Giges 34
- 08 Intuiciones morales 38

¿CÓMO DEBERÍAMOS VIVIR?

- 09 La regla de oro 42
- 10 El principio del daño 46
- 11 Los fines y el medio 50
- 12 Utilitarismo 54
- 13 Ética kantiana 58
- 14 Deberes *prima facie* 62
- 15 Doble efecto 66
- 16 Acciones y omisiones 70
- 17 Suerte moral 74
- 18 El libre albedrío 78
- 19 El contrato social 82
- 20 Ética de la virtud 86
- 21 Humanismo 90
- 22 Nihilismo 94

VIRTUDES Y OTRAS COSAS BUENAS

- 23 Justicia 98
- 24 Igualdad 102
- 25 Tolerancia 106
- 26 Derechos 110
- 27 Altruismo 114
- 28 Amistad 118

29 Héroes y santos 122

30 Integridad 126

VICIOS Y OTRAS COSAS MALAS

- 31 Crimen y castigo 130
- 32 La pena de muerte 134
- 33 Tortura 138
- 34 Corrupción 142
- 35 Terrorismo 146
- 36 La censura 150
- 37 Drogas 154

HUMANOS Y OTROS ANIMALES

- 38 La liberación animal 158
- 39 La paradoja de la investigación 162
- 40 Comer animales 166

BIOÉTICA

- 41 La inviolabilidad de la vida 170
- 42 La muerte 174
- 43 La ingeniería genética 178
- 44 La clonación 182

ÉTICA GLOBAL

- 45 La guerra 186
- 46 *Realpolitik* 190
- 47 Capitalismo 194
- 48 La metáfora del bote salvavidas 198
- 49 La pobreza 202
- 50 El medio ambiente 206

Glosario 210

Índice 213

01 La buena vida

¿Cómo deberíamos vivir para llevar una buena vida? ¿Qué confiere valor a nuestras vidas? Estas preguntas éticas tan básicas se plantearon por primera vez en Grecia hace unos veinticinco siglos. Desde entonces, no han cesado de levantar opiniones enfrentadas ni de dividir a sus defensores.

Las opiniones de lo que se considera una buena vida cubren un espectro amplísimo. Y en este caso, por desgracia, la diferencia de opinión realmente importa, puesto que las visiones descarnadamente divergentes sobre qué significa llevar una vida buena afectan más o menos directamente sobre cómo nos comportamos en realidad y cómo interactuamos unos con otros como seres sociales. El desacuerdo sobre estas cuestiones básicas ha supuesto el origen de mucho sufrimiento humano.

A través de un valle de lágrimas Desde una perspectiva religiosa, una buena vida es aquella que se vive en concordancia de la voluntad y los deseos de un dios o dioses particulares. Para el cristianismo, la recompensa de una vida bien vivida es una dichosa existencia después de la muerte, y junto a Dios para la eternidad. Por tanto, el verdadero valor reside fuera de este mundo. En un alto grado, lo que hacemos y conseguimos en la Tierra es valioso en un sentido secundario e instrumental, hasta el punto de que nos ayuda a conseguir entrar en la vida de ultratumba, infinitamente mejor para la anterior.

La subordinación de lo físico (e inferior), del aquí-y-el-ahora, a lo espiritual (y superior) y a la vida del más allá conduce a una elevación del alma y a la degradación del cuerpo y sus accesorios. Desde un punto de vista cristiano, nuestra vida terrenal es un tiempo de lamenta-

Cronología

Siglo v a.C.

En Atenas, Sócrates pregunta: «¿Cómo deberíamos vivir?».

Siglo iv a.C.

Aristóteles afirma que la felicidad (*eudaimonia*) es el mayor bien.

Siglos iv-iii a.C.

Epicuro defiende el placer como el mayor bien.

C. 30 d.C.

Jesús promete a sus fieles que su recompensa está en el cielo.

ción, un paso por un «valle de lágrimas», donde nuestras esperanzas mundanas son transitorias, y nuestras ambiciones mezquinas, vacías. La virtud se encuentra primariamente en la obediencia a la voluntad de Dios, una devoción que, históricamente, al menos, ha ido acompañada con el desdén por los bienes terrenales. Las cualidades que la Iglesia ha alentado normalmente, son los hábitos del compromiso y la negación de uno mismo, como la castidad, la abstinencia y la humildad.

Felicidad, autonomía y razón Los pensadores no religiosos, sin esperanza de una vida después de la muerte, se ven forzados a bajar la mirada, y a adoptar una perspectiva humanista (es decir, centrada en el ser humano) y a situar el valor, el alcance y todo lo que la vida pueda ofrecer en este mundo, es decir, el mundo natural, incluidas las personas que lo habitan.

Los antiguos griegos (que tenían dioses pero que generalmente no aspiraban a vivir con ellos) y muchos desde ellos han considerado la

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los Cielos. Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios.»

Jesucristo,
Sermón de la Montaña,
c. 30 d.C.

Aristóteles sobre una buena vida

Para el filósofo griego Aristóteles, como Sócrates y Platón antes que él, la cuestión crítica no era tanto «¿qué es lo más correcto?», sino «¿cuál es la mejor manera de vivir?».

Aristóteles aceptaba la idea habitual de que el mayor bien del hombre es la *eudaimonia*, que normalmente se traduce como «felicidad», pero cuyo significado está más cerca de la idea de «florecimiento», un estado más objetivo, menos psicológico del

que sugiere la palabra «felicidad», que incluye éxito, plenitud, autorrealización y un nivel adecuado de comodidad material.

Aristóteles creía que la esencia del hombre es su capacidad de razonar, la culminación de su potencial distintivamente humano, y de ahí que su *eudaimonia* consista en el «ejercicio activo de las facultades del alma (es decir, la actividad racional) de acuerdo con la virtud o la excelencia moral».

1784

Immanuel Kant argumenta que la libertad y la razón son las claves del progreso humano.

1789

Jeremy Bentham mantiene que la felicidad es la única medida de valor.

1983

En *El sentido de la vida*, los Monty Python dejan de lado tanto a Jesucristo como a Kant.

El sentido de la vida

Monty Python concluyó que «no era nada especial»: «intenta ser bueno con la gente, no comas cosas grasientas, lee un buen libro de vez en cuando». No obstante, para la mayoría de personas, la cuestión de si la vida tiene sentido, y si lo tiene, cuál sería, parece la gran pregunta, sería o alarmante. Para las personas religiosas, la respuesta puede ser relativamente simple: estamos en la Tierra con un propósito concreto: servir y glorificar a Dios. Quienes no sirven a ninguna religión, no obstante, están obligados a encontrar consuelo en otra parte (véase

también el capítulo 21). Muchos ateos están de acuerdo con el existencialista Jean-Paul Sartre, que argumentó que el mismo hecho de la indiferencia del universo hacia nosotros (es indiferente porque no hay Dios que dote de propósito a nuestras vidas) nos deja libres para relacionarnos con el mundo de la forma que resulte más significativa para nosotros. «Condenados a ser libres», somos lo que elegimos ser, productos de las elecciones significativas que tomamos y autores del significado de nuestras vidas.

felicidad como el «mayor bien» (*summum bonum*) de los seres humanos.

Ha habido un amplio abanico de perspectivas, sin embargo, sobre la naturaleza de la felicidad y cómo se consigue. Por ejemplo, el filósofo griego Epicuro identificó la felicidad con el placer (aunque no el tipo de placer sensual que ahora asociamos con su nombre), como hizo, mucho después, Jeremy Bentham, el pionero del utilitarismo (véase también el capítulo 12), con propósitos muy diferentes. Otros, aunque están de acuerdo con que la felicidad es (o quizás es) un bien supremo, han seguido a Aristóteles al verlo como un estado objetivo de florecimiento humano o de bienestar, en lugar de como un estado subjetivo de la mente.

Sócrates afirmó célebremente que la vida que se vive sin conciencia no vale la pena ser vivida. Es esencial, según esta línea de pensamiento, que pensemos por nosotros mismos y constantemente reflexionemos sobre lo que hace valiosas nuestras vidas. De otro modo, nos arriesgamos a vivir, no según los valores que elijamos por nosotros mismos, sino según los que otros nos imponen. Esta perspectiva resultó muy inspiradora para una sucesión de pensadores durante la Ilustración, sobre todo para Immanuel Kant (véase el capítulo 13), que proclamó que la autonomía personal, y especialmente la libertad de pensamiento y expresión, eran esenciales si los seres humanos querían escapar de los grilletes de la superstición y la deferencia a la autoridad tradicional.

La sed de conocimiento que consumía a los pensadores de la Ilustración se vio estimulada en gran parte por las demandas de libertad y autonomía. El valor de actuar y decidir por nuestra cuenta depende de comprender el contexto y las implicaciones de nuestras acciones y decisiones. La razón se reconoció (de nuevo, como habían hecho los griegos) como el factor clave de esa audacia. Y en la práctica, los pioneros de la revolución científica, desde Newton hasta Darwin, concibieron y desarrollaron métodos de experimentación e investigación racional basados en la penetración insospechada en el mundo físico y el lugar del hombre en él.

«No se necesita nada para esta iluminación excepto la libertad... la libertad de usar la razón públicamente en todos los asuntos.»

**Immanuel Kant,
¿Qué es la Ilustración?,
1784**

Mundos separados Hoy, como casi siempre en el pasado, hay un gran abismo entre aquellos que ven la vida como un momento de transición a una existencia mejor en el más allá, y quienes, como los antiguos griegos, «creen que el hombre es la medida de todas las cosas» y buscan desarrollar todo el potencial de los seres humanos dentro de los confines de una vida finita en la Tierra. Como personas, nos separa literalmente un mundo entero en nuestra comprensión de nuestros orígenes y naturaleza: de dónde venimos y las implicaciones que esto tiene para la manera en la que vivimos nuestras vidas. Tristemente, hasta que podamos alcanzar cierto consenso en lo que hace que una vida buena lo sea, las perspectivas de llegar a una aceptación en los asuntos más terrenales de convivir pacíficamente en el mundo no son nada halagüeñas.

**La idea en síntesis:
¿cuál es la mejor
forma de vivir?**

02 El mandato divino

La gran mayoría de personas que han vivido, ahora y en el pasado, han creído que los seres humanos son producto de la creación divina. Los detalles de la conexión entre la criatura y el creador difieren de una religión a otra, pero normalmente se da por supuesto algo parecido a una relación que se asemeja a la de un padre con su hijo. Y tal y como la mayoría de nosotros estaría de acuerdo en afirmar que los padres deberían guiar el comportamiento de su hijo, del mismo modo nuestro comportamiento como humanos (o eso creen los creyentes) debería estar dirigido por la voluntad de Dios o los dioses.

Concretamente, las tres «religiones del Libro» (judaísmo, cristianismo e islamismo) afirman que la moral debe basarse en el mandato divino. La deidad revela sus deseos mediante las sagradas escrituras, concretamente la Biblia y el Corán, que se consideran inspiradas por la divinidad o directamente la palabra revelada de Dios. Por tanto, según esta visión, un pensamiento o un hecho está bien o mal porque Dios ha ordenado que sea así; la virtud reside en la obediencia a la voluntad de Dios, mientras que la desobediencia es un pecado.

El dilema de Eutifrón Los códigos morales basados en el mandato divino pueden estar ampliamente aceptados, pero ello no implica que se enfrenten a ciertas dificultades. La más fundamental es la existencia de Dios: ¿realmente hay una deidad que promulgue órdenes? Esta cuestión es tal vez la más difícil de resolver, pero a pesar de ello, las partes enfrentadas, los creyentes por un lado y los no creyentes por otro, llegan con diferentes armas: la fe y la razón. Incluso dejando de lado la cuestión más básica, hay otro problema significativo. El primero en plantearlo fue el filósofo griego Platón, hace unos 2.400 años, en su diálogo *Eutifrón*. Supongamos que los mandatos morales pueden

Cronología

¿Siglo xviii a.C.?

Abraham recibe la orden de Dios de sacrificar a su hijo Isaac.

Siglo iv a.C.

En Atenas, el Sócrates de Platón discute el significado de la piedad con Eutifrón.

El problema del mal

Una de las razones que a menudo se esgrime para explicar por qué deberíamos actuar según los designios de Dios es que es bueno y omnisciente: su corazón está dedicado a lo que más nos conviene, y como él sabe y prevé todo, su guía es la mejor posible. El problema aquí es que, sobre el terreno, hay mucho lugar para dudar de si Dios realmente actúa pensando en lo que más nos conviene.

La presencia del mal en nuestro mundo es uno de los retos más graves a los que se enfrentan

quienes creen en Dios, o al menos quienes aceptan la visión ortodoxa de Dios como omnisciente, omnipotente y omnibenevolente.

¿Acaso el horrible catálogo de dolor y sufrimiento del mundo (hambre, asesinatos, terremotos y epidemias) no resulta difícil de reconciliar con la existencia de un dios todopoderoso, sabio y benevolente? ¿Cómo puede existir semejante maldad al mismo tiempo que un Dios que, por definición, tiene la capacidad de acabar con ella?

identificarse con órdenes divinas. ¿Lo que es moralmente bueno es bueno porque Dios lo ordena o Dios lo ordena porque es bueno? Si nos decantamos por el primer caso, claramente las preferencias de Dios podrían haber sido... diferentes. Dios podría haber ordenado, por ejemplo, el asesinato de inocentes, si hubiera creído que esa matanza era moralmente correcta, solo porque Dios lo decía. (De hecho, en el Antiguo Testamento, el patriarca Abraham parece haber aceptado precisamente esta visión al decidir que era correcto sacrificar a su joven hijo Isaac.) Según esta lectura, ¿la moralidad se reduce a poco más que a la obediencia a una autoridad arbitraria?

¿Funciona la alternativa mejor? Lo cierto es que no. Si Dios ordena lo que es bueno porque es bueno, claramente esa bondad es independiente de Dios. En ese caso, Dios se limitaría a ser poco más que un intermediario. En principio, por tanto, podríamos actuar por nuestra propia cuenta e ir directamente a la fuente moral o a la norma, sin ayuda de Dios. Por tanto, cuando se discute sobre autoridad moral, parece que Dios es arbitrario o redundante.

Siglos IV-III a.C.

Se cree que el filósofo Epicuro planteó por primera vez el problema del mal.

1546

Martín Lutero denuncia a la razón como «la mayor ramera del diablo».

El jefe caprichoso

Una gran dificultad que presenta la teoría del mandato divino de la ética es que la voluntad de Dios, tal y como se revela mediante numerosos textos religiosos, contiene muchos mensajes que son o bien desagradables o directamente contradictorios. Tales conflictos ocurren tanto entre las religiones como dentro de ellas. Por tomar un ejemplo célebre, la Biblia (Levítico 20:13) afirma:

Si un hombre yace con un hombre igual que con una mujer, ambos

cometen una abominación y se merecen la muerte.

La recomendación de que los homosexuales sexualmente activos deberían ser ejecutados, además de ser aborrecible por sí misma, contradice el mandato de no matar que se encuentra en otras partes de la Biblia, incluido por supuesto en los Diez Mandamientos. Como mínimo, es un reto usar las visiones conocidas de Dios para construir un sistema moral aceptable y coherente.

Expulsar a la ramera del diablo Es difícil refutar la conclusión de Platón, pero teólogos y filósofos han respondido a ella de formas muy diferentes. Una respuesta teológica insiste en que Dios es bueno y, por tanto, nunca ordenaría nada malvado. ¿Pero qué es hacer el mal, según la perspectiva del mandato divino, aparte de desafiar la voluntad de Dios? Para determinar qué es el mal, también dependemos de un parámetro de bondad que es independiente de Dios. Y, en cualquier caso, si «bueno» significa «ordenado por Dios», la afirmación de que «Dios es bueno» casi carece de sentido, es algo así como decir «Dios obedece sus propias órdenes».

«El bien consiste en cumplir siempre con los designios divinos en cualquier momento.»

Emil Brunner,
El imperativo divino, 1932

La respuesta más contundente al dilema de Platón es la que dio Martín Lutero, líder de la Reforma protestante del siglo XVI, que insistía en que el bien es, en realidad, lo que Dios ordene, y en que su voluntad no puede justificarse ni explicarse según ningún otro parámetro independiente de bondad. Notoriamente, Lutero conde-

nó la razón humana diciendo que era la «mayor ramera del diablo», por ser una facultad hostil a Dios, corrupta, y en consecuencia incapaz de aportar una verdadera comprensión de la relación entre Dios y los seres humanos.

La moral más allá de la razón La visión de Lutero en este sentido es bastante consistente. Si la moral se basa en la autoridad de Dios, tal autoridad, al ser arbitraria, debe creerse sin más: va más allá

de la razón, es irracional o al menos no racional. Según esta visión, la razón es bastante irrelevante en asuntos de moral; no hay base para el debate moral ni para argumento alguno, y, por supuesto, tampoco lo hay para la filosofía moral.

No resulta sorprendente, entonces, que a la tradición filosófica mayoritaria la otra parte del dilema de Platón le haya parecido menos incómoda. Aunque la mayoría de filósofos anteriores al siglo xx creía en Dios o en los dioses, o al menos afirmaba hacerlo, la creencia religiosa no ha desempeñado un papel fundacional o indispensable en el amplio abanico de visiones éticas presentadas.

La razón no puede probar que la moral humana no se base en la autoridad divina. Lo que parece claro, sin embargo, es que si ese es su fundamento, no podemos conocerla del mismo modo que conocemos otras cosas del mundo.

No hay modo, al menos en principio, de decidir entre diferentes morales religiosas, porque no hay criterios independientes sobre los que tomar una decisión. Una vez descartada la investigación racional y sin pruebas disponibles, cualquier moral parece tan buena o mala como otra. Ese es el motivo por el que, para bien o para mal, la moralidad religiosa, como la religión en sí misma, es una cuestión no de razón sino de fe.

« Ninguna moral puede basarse en la autoridad, aunque la autoridad sea divina. »

A. J. Ayer, filósofo británico

**La idea en síntesis:
¿es bueno porque
Dios lo dice?**